

SANTIAGO ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA (coord.)

CONVIVIR PARA PERDURAR

CONFLICTOS ECOSOCIALES
Y SABIDURÍAS ECOLÓGICAS

Icaria ☘ Antrazyt
ECOLOGÍA

Este libro ha sido impreso en papel 100% Amigo de los bosques, proveniente de bosques sostenibles y con un proceso de producción de TCF (Total Chlorine Free), para colaborar en una gestión de los bosques respetuosa con el medio ambiente y económicamente sostenible.

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo concedido por la AECID



Diseño de la cubierta: Adriana Fàbregas
Fotografía de la cubierta: Teresa Bofill

© Santiago Álvarez Cantalapiedra, Mariana Walter, Joan Martínez Alier, Pedro Ramiro, Mabel González Bustelo, Joan Buades, Investigadores del programa «Cultura & ambiente» (CIP-Ecosocial), Alejandro Baranquero, Pablo Dávalos, Víctor M. Toledo, Victoria Reyes-García, Nuria del Viso, Erik Gómez-Baggethun, Narciso Barrera-Bassols, Marta Astier, Quetzalcóatl Orozco, Eckart Boege Schmidt, Noé González, Monica Di Donato, Pedro L. Lomas, María Novo, Comisión de Educación de Ecologistas en Acción de Madrid, Miguel Vicente Mariño, Ander Azpiri, Marina Mantini y Beatriz Rivela

© De esta edición
Icaria editorial, s. a.
Arc de Sant Cristòfol, 11-23
08003 Barcelona
www.icariaeditorial.com

Primera edición: marzo de 2011

ISBN: 978-84-9888-315-2
Depósito legal: B-3.362-2011

Fotocomposición: Text Gràfic

Impreso en Romanyà/Valls, s. a.
Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

Printed in Spain. Impreso en España. Prohibida la reproducción total o parcial.

IV. EDUCAR EN EL ANTROPOCENO

Comisión de Educación de Ecologistas en Acción de Madrid

Todas las sociedades humanas han desarrollado pautas e instituciones para transmitir a sus miembros lo que consideraban mejor cara a comprender e intervenir en la realidad que las rodeaba. Ya fuera a través de los cuentos transmitidos oralmente, de reglas y tabúes que se recuerdan una y otra vez, de conductas o prácticas premiadas o sancionadas... Así, han ido pasando de unas generaciones a otras las diferentes formas de relacionarse, de representar el mundo, la naturaleza, la economía o el poder.

Según las sociedades humanas y sus sistemas de organización se han ido haciendo más complejos, estas enseñanzas se comenzaron a transmitir de forma más ordenada y selectiva, controlando sus contenidos y su alcance. Este intento consciente de transmitir y reproducir de forma sistemática aquellos elementos que una cultura considera valiosos, se llama hoy «educación formal».

La educación de los y las menores se considera uno de los brazos esenciales de todo sistema sociopolítico. En la escuela se construye una cultura común que facilita el gobierno de la ciudadanía y se prepara a las personas para su incorporación al sistema productivo. Si juega un papel esencial (aunque no sea el único agente) a la hora de configurar la mirada que tenemos sobre el mundo, es imprescindible preguntarse para qué y con qué objetivos se educa en nuestras escuelas en estos tiempos de crisis global y cuáles deberían ser los principios que organicen la práctica educativa.

Hoy, la humanidad se encuentra en una situación de encrucijada. El momento histórico actual presenta unos elevadísimos niveles de incertidumbre y la posibilidad de un colapso socioecológico de

dimensiones mundiales, cada vez es cada vez es mayor. Es evidente que la humanidad tiene que cambiar para adaptarse a este momento de transformaciones graves y cada vez más aceleradas.

El cambio climático avanza sin que los discursos institucionales desemboquen en una reducción real de las emisiones; la biodiversidad disminuye a un ritmo acelerado; los recursos se agotan, con especial mención a los combustibles fósiles, de los que depende ahora mismo el sistema económico global y la producción de alimentos; el acceso al agua cada vez se complica más para una buena parte de las personas; y además, esta crisis ambiental se da en unas circunstancias de desigualdad social enormemente injustas, que suponen un inquietante caldo de cultivo para la violencia y la explotación humana. La magnitud de los cambios que la especie humana es tal que ya hace algunos años, desde el mundo científico se proponía que la era geológica actual pasarse a denominarse Antropoceno, puesto que es la especie humana la principal «ingeniera» de los procesos naturales.

Esta crisis es ecológica, pero también política, económica, cultural y social. Los modelos de desarrollo, injustos desde el punto de vista social, e incompatibles con los procesos de la biosfera que los sostienen, son en gran medida los que la causan.

La educación, como subsistema social no es ajena a la crisis y por ello hay repensar su sentido y las líneas que deben orientarla. Una educación enfocada a la resolución de los problemas sociales, económicos y ecológicos puede jugar un importante papel en el cambio de paradigma civilizatorio necesario para poder afrontar el cambio. Sin embargo, si contribuye a perpetuar el sistema establecido y a consolidar conocimientos erróneos y valores que pueden conducir al colapso, más bien se convierte en parte del problema. El sistema educativo no puede permanecer ajeno a la necesidad de modificar drásticamente la percepción y la relación de los seres humanos con el territorio, pero por el momento, parece estar más volcado en formar individuos que asuman la competitividad, la tecnología o el ansia ilimitada de acrecentar los negocios como el motor de progreso y bienestar.

Tal y como señala María Novo:

En ocasiones, el aparato educativo puede alinearse en la reproducción de un mundo injusto, de las consignas de quienes

manejan la economía, de las posiciones de privilegio. Así entendida la educación forma parte del problema. La educación tiene la capacidad de establecer la «norma» y funciona como generadora de un discurso específico, en el que se sancionan ciertas validaciones y se construyen algunas exclusiones.¹

¿Para qué queremos educar?

En un planeta con los recursos finitos, es absolutamente imposible extender el estilo de vida occidental, con su enorme consumo de energía, minerales, agua y alimentos. El deterioro social y ambiental no son subproductos del modelo de desarrollo, sino que son una parte insoslayable de ese tipo de desarrollo.² Nos encontramos, entonces, ante una crisis civilizatoria, que exige un cambio en la forma de estar en el mundo. Los modos de producción de bienes y necesidades de la sociedad industrial, han colaborado en la configuración de las relaciones entre las personas. Si la dinámica consumista y la obtención del beneficio en el menor plazo dirigen la organización económica, esta misma lógica se instala en los procesos de socialización y educación, determinando finalmente que las metas a alcanzar por cada individuo se orienten hacia la acumulación, olvidándose de poner en el centro el propio mantenimiento de la vida.³

Si comparamos nuestro sistema económico con el metabolismo de un ser vivo, podemos comprobar cómo la sociedad tecnoindustrial se alimenta de lo que va quedando de naturaleza (agua, aire, suelo vegetal, bosques, bolsas de materiales fósiles, biodiversidad y ecosistemas complejos) mientras vierte en ella sus excrementos desordenados y contaminados (químicos, orgánicos, radiactivos) y va dejando a su paso superficies cementadas, riberas muertas, aguas

1. M. Novo, *El desarrollo sostenible: su dimensión ambiental y educativa*, Pearson-Prentice Hall, Madrid, 2006.

2. J. M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*, Siglo XXI, Madrid, 2006.

3. N. Martín Sosa, «Perspectiva ética» en M. Novo y R. Lara (coords.), *El análisis interdisciplinar de la problemática ambiental*, Fundación Universidad Empresa.

subterráneas salinizadas, lagos eutrofizados, especies extinguidas y exclusión ecológica y social.

Pese a los avances en la concienciación ambiental y a los anuncios de las políticas puestas en práctica y a los indudables esfuerzos económicos invertidos en el marketing verde, los resultados obtenidos hasta el momento no guardan relación con la gravedad del problema que se pretende afrontar. Tal y como planteaba la mesa de expertos y expertas del foro «Saberes para el Cambio» de la UNIA,⁴ seguimos sin afrontar la raíz de la crisis: el conflicto básico entre un planeta Tierra con recursos limitados y finitos y un sistema socioeconómico impulsado por la dinámica de la acumulación del capital que se basa en la expansión continua.

Attali⁵ define la crisis como «la larga y difícil reescritura que separa dos formas provisionales del mundo». Esto nos lleva a la idea de la necesidad de reescribir una nueva forma de estar en el mundo, a establecer como propone Sousa Santos un nuevo contrato social⁶ que involucre a hombres y mujeres como parte de la naturaleza y como seres inter-ecodependientes. Esta nueva visión permitirá establecer alternativas, recuperar lo valioso que perdimos y explorar caminos inéditos que permitan vivir en armonía social y en paz con el planeta.

¿Qué está sucediendo hoy en nuestras aulas?

Una primera aproximación cuantitativa de los documentos del Boletín Oficial del Estado que decretan las enseñanzas mínimas de Educación Infantil, Primaria y Secundaria en el Estado español revela las prioridades de lo que se considera esencial para educar a los niños y a las niñas.

4. UNIA, *Manifiesto de la UNIA sobre el papel de la ciencia y el arte ante el cambio global*, Aula de Sostenibilidad, Universidad Internacional de Andalucía, 2008.

5. J. Attali, *Los tres mundos. Para una teoría de las post-crisis*, Madrid, Cátedra, 1982.

6. B. S. Santos, *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*, Trotta, Madrid, 2005.

La palabra «tecnología» aparece 183 veces mientras que «planeta» lo hace en 19 ocasiones, la palabra «digital» es mencionada 126 veces, sin embargo «árbol» aparece 5 veces (y dos de ellas referidas a árboles lógicos), la palabra «madre» no aparece, «río» se muestra 4 veces, «aves» 2, «sexualidad» 5, «aire» 13, «mente» 1, «bosque» 1, «alimentación» 14, «reducción» 2, «ecología» 4, sin embargo «medios de comunicación» 86 e «internet» 28. No hemos encontrado las palabras «felicidad», «sindicato», «pájaro», «multinacional», «montaña», «caricia» o «colapso».⁷

Puede objetarse que esta aproximación numérica inicial no es muy relevante, pero la revisión de los currículums oficiales o a los contenidos de los libros de texto que estudian las personas en la escuela y los institutos muestran que lo que nuestra sociedad considera que las personas deben aprender corrobora esta visión intuitiva y contribuye a perpetuar la senda de la cultura de la insostenibilidad. Según un pormenorizado estudio realizado en 2006 por Ecologistas en Acción, los libros de texto ocultan un futuro más que previsible si se sigue en esta línea; proporcionan conocimientos fragmentados que no ponen en relación las causas con los efectos (y mucho menos permiten comprender las relaciones sinérgicas y complejas que se establecen entre todo lo vivo); veneran la tecnociencia sin advertir de sus riesgos, son insensible a los límites sobrepasados del planeta; consideran al ser humano —en este caso podríamos decir al hombre— dueño de la creación, y al planeta como un recurso inacabable a nuestra disposición.⁸

Aunque en las escuelas se estudian problemas como el cambio climático o la pérdida de biodiversidad, es difícil que aparezcan conectados con el modelo de vida que tenemos. Los viajes cuanto más lejos mejor, la velocidad en el transporte y la consideración de cualquier artefacto tecnológico o aplicación científica como muestras indiscutibles de un avance de un pasado de atraso a un futuro

7. F. Cembranos, «La necesidad de un giro ecológico del currículo educativo. ¿Aprendiendo a vivir en paz con el planeta?», *Revista Ecologista*, n.º 57, 2008.

8. F. Cembranos, Y. Herrero y M. Pascual (coords.), *Educación y Ecología. El currículum oculto antiecológico de los libros de texto*, Popular, 2006.

ideal son algo común en los libros de texto y en los contenidos curriculares. A fin de cuentas se trata de lo mismo que vemos en los medios de comunicación o en los discursos de la mayor parte de los políticos.

La educación ambiental lleva poniendo en cuestión estas categorías universales desde hace décadas, pero en una buena parte de nuestras comunidades autónomas se desarrolla en el ámbito de lo no formal y, dentro de la escuela, salvo las iniciativas valiosísimas de algunos centros escolares o de profesores y profesoras comprometidas, se reducen a talleres puntuales en los que resulta difícil poder trabajar en clave de proceso y abordar problemáticas y alternativas que requieren tiempo de trabajo.

Una buena parte de los profesionales de la educación ambiental, trabajan en servicios privatizados, en los que, a pesar de estar bien cualificados y desarrollar una profesión vocacional, desempeñan su función en condiciones inestables y precarias. Por otra parte, los recortes sociales ante la crisis reducen cada vez más los programas destinados a la educación, mientras que se inyectan cantidades ingentes de dinero en reflotar y revivir un sueño de crecimiento indefinido que es el que ha provocado la propia crisis.

Existen múltiples iniciativas que tratan de trabajar contracorriente. Francesco Tonucci, desde Italia, lleva años trabajando en pro del reconocimiento y la autoridad infantil. Los Consejos de la Infancia, sindicatos de niños y niñas trabajadoras, escuelas libertarias, etc. son experiencias que dan valor a la palabra y al criterio de los y las menores de edad. Las Escuelas Mutuas, un sistema para generalizar la educación en la Inglaterra de la revolución industrial con la ayuda del alumnado más aventajado, la Escuela Moderna con las «invariantes pedagógicas» de Freinet (que propone entender a la infancia desde sus similitudes con la edad adulta antes que desde sus diferencias), la escuela de O Pelouro, en Pontevedra, con aulas de edades mixtas como fórmula pedagógica o muchas iniciativas que se enmarcan dentro de la educación ambiental...

La clave del éxito de la educación para la sostenibilidad dentro de la educación formal no está en la falta de conocimientos pedagógicos o de metodología, sino en el reconocimiento de la gravedad de la crisis global y en la voluntad social y política de formar personas

que puedan construir y vivir en un mundo justo y sostenible. No es tarea fácil.

Los educadores del siglo XXI se mueven en la esquizofrenia de enseñar unos valores que después en la vida social son despreciados mayoritariamente, mientras se ensalza el triunfo de quienes ganan dinero sea cual sea su procedencia y aunque sus modelos de vida sean poco éticos.⁹

Las propuestas y consideraciones que vienen a continuación se centran en los contenidos, que a nuestro juicio, deberían formar el grueso de la propuesta curricular oficial para toda la etapa de educación formal y obligatoria. Sabemos que es una propuesta abierta e incompleta y que los contenidos no son lo único importante en el sistema educativo, pero sí nos parece esencial perfilar cuáles son los conocimientos que cualquier persona debería tener para eludir un futuro en guerra con los demás y con el planeta.

Los posibles caminos para una educación para la sostenibilidad

Presentamos algunas ideas abiertas para educar en un mundo sostenible, o al menos para acercarnos a él. Están inspiradas en los criterios de la biomímesis, ya que la naturaleza es, al fin y al cabo la empresa mejor organizada y más estable del planeta y a la que debemos la vida.¹⁰ Pero también se inspiran en cientos de experiencias que muchas personas preocupadas en la enseñanza y en el ámbito de la educación ambiental han puesto en marcha. Es una propuesta en construcción. Esta construcción es tarea colectiva que habrá que ir ensayando sin esperar mucho.

Los ejes de los que hablamos, uno a uno, son incapaces de cambiar el rumbo insostenible por el que avanzamos, pero trenzados entre sí y unidos a transformaciones de los modos de producir, de

9. M. Novo, op. cit., 2006.

10. J. Riechmann, *Biomímesis. Ensayos sobre imitación de la naturaleza, ecosocialismo y autocontención*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2006.

consumir, de ejercer el poder, en definitiva, de vivir, podrían proporcionar pautas para el futuro. Son claves sugeridas sobre las que seguir definiendo propuestas.

Colocar la vida en el centro del aprendizaje y de la experiencia

Quien haya crecido en una gran ciudad, entre cemento y asfalto, consume comida comprada en grandes cadenas de alimentación, resuelve la mayor parte de las necesidades materiales acudiendo a una gran superficie y se mueva casi siempre en transporte motorizado, no tendrá nada fácil reconocerse como un ser dependiente de la naturaleza. Hoy, más de la mitad de la población humana vive en ciudades y los sistemas educativos están diseñados desde las grandes urbes.

Sin embargo la conciencia de formar parte de la trama de la vida es el primer requisito para releer el mundo desde el prisma de la sostenibilidad. Creer que la tecnosfera, ese conjunto de máquinas que nos rodean, pueden suplir los complejos procesos naturales que nos explican como especie, nos ha conducido a comportamientos desajustados y a una comprensión parcial y errónea del mundo que nos mantiene. Nos corresponde reaprender qué es la biosfera, por qué se sostiene, comprender, valorar y querer las diferentes formas de vida y reconocernos como seres vivos interdependientes, partes de una frágil red formada por el clima, el agua, las plantas, el aire, el suelo... que está en serio peligro.

Esta alfabetización ecológica¹¹ nos conducirá a tomar decisiones más sensatas y sostenibles. Algunos elementos básicos de ese aprendizaje se incluyen a continuación:

- El Sol está en el comienzo de la vida. Es importante reconocerlo como origen de toda la energía que utilizamos, comprender cómo se ha almacenado esta en los yacimientos de energía fósil y cuál es la situación actual de esos depósitos y preguntarnos

11. F. Capra, *Las conexiones ocultas*, Anagrama, Barcelona, 2003.

cómo y para qué usamos esta energía, hablar de su mal uso, de su despilfarro y de los grandes negocios de su extracción.

- Es un objetivo básico entender en qué medida somos agua y cuál es el papel del agua en la creación de comunidades humanas, en la geopolítica o en la economía. Conocer los recorridos superficiales y subterráneos de las aguas, su carácter cíclico, los usos que se hace de ellas y la magnitud de cada uno de ellos. Aterrizar en conflictos próximos como la pugna por trasvases que alimenten el turismo o los regadíos. Conocer los volúmenes de agua que se emplean en procesos ocultos (refrigeración de centrales nucleares, lavado de minerales, fabricación de comida procesada, etc.).
- Estudiar el aire, conocer las partículas tóxicas que contiene en las ciudades, saber cómo se miden esos niveles y cómo afectan a nuestra salud.
- Trabajar la tierra, distinguir lo que nace y crece en ella, saber en qué época se cosecha cada planta y qué consecuencias tiene forzar la producción con pesticidas y abonos químicos. Distinguir la agricultura tradicional y la industrial. Conocer las consecuencias de la producción industrial de alimentos en el empobrecimiento y envenenamiento de los suelos, en el desecamiento de acuíferos, en el coste energético y la dependencia del petróleo, en la dependencia de los agricultores de los suministros de semillas, abonos y pesticidas, en el despoblamiento del campo...
- Aprender el respeto a los seres de otras especies, reconocernos parecidos y diferencias con estos compañeros de viaje. Denunciar la violencia injustificada contra ellos.
- Desentrañar las relaciones y la interdependencia de los ecosistemas es otro de los aprendizajes esenciales derivados de colocar la vida en el centro de nuestros aprendizajes. Más allá del estudio de los ecosistemas, hacer visible la complejidad de las relaciones multicausales. Hacer estudios de los ciclos de vida completos de aquello que utilizamos (de la cuna a la tumba —e incluso los costes de su hipotético reciclaje— análisis de la cuna a la cuna).
- Entender cómo habrían de cerrarse los ciclos y de qué modo nuestra actividad industrial los deja abiertos, abandonando a la naturaleza residuos tóxicos y difícilmente degradables. Es

- necesario hacer visibles los residuos y su escala. Conocer su origen, su composición y sus efectos. Conocer las normativas que promueven el uso de envases en beneficio del mercado, así como desvelar la trampa que supone que el centro de la gestión de los residuos esté en su reciclaje y no en su reducción. Conocer los vertederos de basuras que los países enriquecidos tienen en los empobrecidos.
- Resulta también vital comprender el metabolismo económico del propio pueblo o ciudad, es decir, de qué modo y en qué magnitud es dependiente —y devastador— de territorios próximos y lejanos. Cuántas toneladas de materiales entran y salen cada día de ella. Cuánta energía emplea de modo directo e indirecto. Conocer nuestra huella ecológica, la de nuestro pueblo y la de nuestra escuela. También es necesario estudiar las redes de interdependencia más allá de nuestras fronteras, los grandes desplazamientos de materiales, energía y residuos.

Educar para cuidar

El cuidado es otra experiencia práctica esencial para la valoración de la vida y para la comprensión de la interdependencia. Otorgar sentido educativo a los cuidados básicos es una práctica central en la sostenibilidad. Desde cuidar una semilla, limpiar el aula, consolar a una amiga que sufre o mediar en un conflicto, hasta experiencias más complejas como descubrir los trabajos invisibles que se realizan en el espacio doméstico o en el espacio educativo. Rehabilitar espacios vivos deteriorados, cuidar y rehabilitar relaciones humanas, son formas complejas de aprender a atender esa red que forma todo lo vivo.

El sistema educativo debe ayudar a entender que sin cuidados no existiría nuestra especie y cuál es la magnitud de tiempo, energía y dedicación que suponen; denunciar la escasa aportación a esos trabajos, sin los cuales no se puede vivir, que realizan ciertos colectivos sociales (hombres adultos en su mayoría); conocer la deuda de cuidados entre géneros, clases sociales, y Norte-Sur; exigir el reconocimiento social y el reparto equitativo y solidario del trabajo de cuidados; y valorar los efectos de la desaparición de estos trabajos.

Es fundamental sacar a la luz todos los trabajos invisibles, a menudo hechos por mujeres, y capacitarnos para realizarlas corres-

ponsablemente. Estar atentas o atentos a la fragilidad, a la dificultad, a la necesidad o al abuso, y responder con firmeza ante ellas.

No han sido tan comunes dentro de los centros educativos las experiencias conscientes o sistematizadas de valoración de los cuidados entre los seres humanos. La cultura patriarcal los ha ocultado a pesar de que son la base de la vida humana y social. Tenemos la tarea urgente de inventar fórmulas no ensayadas que coloquen esta experiencia imprescindible en el centro de la escuela. No hay equidad posible, ni sostenibilidad, sin participar, todas y todos, en los trabajos de cuidado.

Comprender la vida también significa aceptar sus ritmos. Los ritmos de la vida con frecuencia son muy lentos. Esta lentitud es necesaria para que las transformaciones ocurran y los ciclos se cierren. El crecimiento lento, los cambios pequeños, nos acercan más a los modos de la vida sostenible que los ritmos rápidos y los fuertes contrastes comunes en nuestro entorno urbano y virtual. La educación debe enseñar a esperar y a distinguir pequeñas transformaciones. La experiencia de vivir en lentitud, inusual en esta una cultura de la inmediatez, puede traer aprendizajes inesperados. Entre otros el aprendizaje de la complejidad.

Las granjas escuela, las aulas de naturaleza, los pueblos escuela, los laboratorios de biodiversidad, son pruebas del reconocimiento de la naturaleza como maestra. Pero suelen estar alejados y convertirse en experiencias puntuales o infrecuentes. No es fácil en el entorno de las grandes urbes provocar experiencias de descubrimiento y convivencia con la naturaleza, pero quizá no sea imposible. Los estudios de insectos en pequeñas plazas aún no asfaltadas, el descubrimiento de «malas hierbas» que aparecen en las grietas y alcorques o los gorriones, ofrecen esta posibilidad.

Trabajar la centralidad de la vida tiene por objeto descolgarnos del fuerte antropocentrismo de nuestra cultura y asomarnos a «la democracia de lo viviente»,¹² un sistema de gobierno de la tierra en el que el interés de todos los seres vivos (plantas y animales incluidos) cuenta a la hora de tomar decisiones.

12. V. Shiva, *Abrazar la vida: mujer, ecología y desarrollo*, Horas y Horas, Madrid, 1995.

Vincularse al territorio próximo

Una economía sostenible es una economía centrada en el territorio próximo, el que nos ha de servir para habitar y para resolver las necesidades cotidianas. La vida se construye en el ámbito cercano. El movimiento horizontal masivo le cuesta muy caro a la naturaleza.¹³ Los ecosistemas se organizan en buena medida en proximidad. Los seres humanos también se organizaron así, utilizando materiales y productos cercanos y viviendo cerca de donde trabajaban hasta que la energía fósil posibilitó los desplazamientos lejanos. Con el transporte motorizado llegaron el aumento disparatado de las emisiones de gases de efecto invernadero, la fragmentación de los territorios debida a la enorme cantidad de carreteras de todo tipo que cuartejan e impermeabilizan el territorio y la posibilidad de que las personas y las mercancías se desplacen cada vez más rápido y más lejos.

La cercanía devuelve al mundo humano una escala más humana. Un mundo que puede recorrerse a pie es más habitable. Una escuela para la sostenibilidad es una escuela que existe como territorio y en el territorio próximo, que se relaciona sobre todo con lo cercano, que intenta abastecerse de recursos producidos en proximidad, que es responsable de sí misma y mantiene vivo su hábitat. La escuela cerca de la casa y próxima al espacio de juego, de compras, de salud, de ocio.

Más allá de las vallas de la escuela está el mundo del barrio, del trabajo, el mercado, las plazas... Es preciso salir y colaborar en estos espacios. Apropiarse del territorio, conocerlo, y ganarlo de modo que se convierta en un espacio seguro. Paseando las calles aprendemos que un peatón vale más que un coche. En la defensa del territorio físico de las calles y plazas nos jugamos el juego al aire libre, el derecho al espacio público para todas las personas. En muchos espacios urbanos ya lo hemos perdido y habrá que arrebatárselo a los automóviles.

Los espacios naturales, cuando están próximos, suponen un recurso muy rico. Son espacios de reflexión, experimentación e indagación. Con sus ciclos aprendemos a medir el tiempo, con sus

13. A. Estevan, «Contra transporte, cercanía», *Archipiélago*, n.º 18-19, Barcelona, 1994.

elementos vivos aprendemos la complejidad que supone crecer y nos acercamos a la diversidad de los seres vivos. La tierra en la que crecemos (jugando, investigando) se convierte en una referencia afectiva. Si está en peligro saldremos en su defensa.

Por otro lado, vincularse al territorio significa apropiarse del territorio mismo de la escuela. Esta es un espacio físico en el que es posible poner en marcha tareas de mantenimiento y de transformación. Limpiar el jardín, decorar paredes, reparar averías, construir, hacerse responsables del mantenimiento. En vez de una escuela de la simulación y la virtualidad, es necesaria una escuela del territorio físico real, una escuela con suelo, con tierra donde plantar y con paredes que pintar. También hablamos aquí de abrir las puertas de la escuela y hacerla permeable. Invitar a entrar a las familias, las asociaciones del barrio, madres, estudiantes... y los objetos y noticias del mundo.

Y por último ser conscientes de que el territorio del que vivimos tiene límites y lo que este nos da, también: límites en los recursos, en la energía, en los sumideros. Esta evidencia, a la que en muchas ocasiones la escuela y la cultura del desarrollo dan la espalda, es un aprendizaje imprescindible. En la escuela podemos aprender cómo desarrollar lo ilimitado que de verdad nos importa (afectos, risa, aprendizaje...). Conocer cuánto hay de cada qué, cuánto queda, a cuánto tocamos, cuánto quedará si seguimos como vamos, quién se queda con cuánto de cada qué... Cuantificar esos límites y comprender sus magnitudes, traducir los grandes números a realidades comprensibles. Necesitamos hacer ya estos cálculos en la escuela y fuera de ella.

Alentar la diversidad

La diversidad es condición para la vida. Un organismo se construye por la conjunción de sistemas diversos. Los ecosistemas son resultado del equilibrio de elementos vivos y no vivos. La diversidad asegura la complementariedad, permite el reajuste y, en momentos de crisis, la supervivencia.

Si usamos esta ley de la naturaleza como metáfora en la escuela podemos preguntarnos por las ventajas de la diversidad. En un colectivo que busca y valora la heterogeneidad nadie se siente fuera, ni

es menos que el resto, cada cual encuentra el lugar donde es capaz de aprender y enseñar.

Alentar la diversidad significa no sólo aceptar el hecho indiscutible de las diferentes necesidades funcionales y tener presentes las culturas y formas de pensar que integran nuestra comunidad. Significa también no separar los grupos por edades homogéneas, no separar a la infancia de la vida comunitaria, y hacer del aula un lugar de encuentro de diferentes especies (animales, vegetales y, por supuesto, la humana).

También podemos traducir este principio de diversidad en tratar con naturalidad las diferentes formas de familia, los diferentes modos de ser mujeres u hombres, las diferentes opciones sexuales. Aceptar como maestros y maestras no sólo a profesorado titulado, sino a todo tipo de seres que puedan enseñarnos. Diversificar tareas, diversificar responsabilidades, diversificar los ritmos y recorridos de aprendizaje es otra expresión de esta búsqueda. Hacer a cada cual necesario en su pequeño ecosistema.

Enfrentándonos al imperativo de la homogeneidad (que propone la globalización) y educando en el disfrute de lo diverso, mediante la creación de espacios de convivencia «inter» (intergeneracionales, interculturales, interprofesionales, interespecies...) mejoramos las condiciones para un futuro sostenible.

Tejer comunidad y poder comunitario

Ese territorio próximo y diverso donde comprendemos y aprendemos a querer las redes de la vida, necesita de un cuarto eje: la articulación y la responsabilidad comunitaria.

Las comunidades humanas han sido capaces de organizar complejos modos de supervivencia y de organización social. La organización comunitaria ha creado y crea posibilidades nuevas de intervenir en el mundo y ejercer el poder. Un poder del que muchos grupos humanos han sido expropiados. Desde la escuela es posible ayudar a retejer esa malla comunitaria.

El primer paso consiste en considerar a niños y niñas actores sociales inteligentes, capaces de proponer y elegir. Y darles su espacio de poder. Practicar la conversación, el uso de la palabra, la argumentación y la escucha, la gestión de la discrepancia, la toma de

decisiones colectivas, la corresponsabilidad, los proyectos grupales, el reparto de las tareas cotidianas, el cuidado de otras personas, la acogida de quien llega nuevo, son experiencias que facilitan la construcción de una comunidad capaz de hacerse poderosa y de usar con respeto ese poder.¹⁴

Esta comunidad necesita también el aprendizaje de la organización, la comunicación, del manejo de los conflictos, la investigación participativa o la autogestión. Los ya mencionados Comités de Infancia y Ciudad, en Regio Emilia, son buenos ejemplos de participación e intervención comunitaria en torno a la educación infantil. Los proyectos de mediación escolar desarrollados en algunos centros de secundaria por equipos mixtos (alumnado, profesorado, familias) o las experiencias de alumnos-ayudantes (que acogen a quienes llegan nuevos o apoyan a quienes lo están pasando mal) son experiencias de aprendizaje de la interdependencia.

El movimiento de la educación popular ha hecho realidad las experiencias de poder comunitario más integrales, radicales y transformadoras, vinculadas siempre a la transformación de la realidad social.¹⁵

Otras experiencias más humildes y posibles —ya probadas— en esta dirección, son los grupos espontáneos de autoayuda de madres y padres, las tertulias o grupos de aprendizaje, las experiencias de participación en el diseño de los espacios por parte de niños y mayores, los presupuestos participativos, las tareas compartidas de limpieza y mantenimiento de la propia escuela, las cooperativas que se organizan para la compra de materiales educativos o para producir frutas y verduras, los libros colectivos, los desayunos colectivos, los noticieros o revistas de elaboración local, la autogestión del viaje de estudios, las decisiones en asamblea...

14. Francesco Tonucci con su Ciudad de los Niños ha realizado un trabajo muy sugerente en esta dirección.

15. Para ver el índice de movimientos de educación popular en Latinoamérica y bibliografía consultar en la web el programa del Seminario «Teoría e historia de la educación popular en América Latina. Investigación social y pedagogías alternativas» [<http://webnueva.unvm.edu.ar/images/noticias/file/2009/SemEducPop.pdf>], Dpto. de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

La asamblea es la herramienta esencial de funcionamiento en el movimiento de las escuelas libertarias¹⁶ como es el caso de la Escuela Libre Paideia, en Mérida, con más de 20 años de existencia.

En los entornos donde se ha perdido el tejido asociativo y no abundan las redes familiares y sociales, las escuelas son con frecuencia la única referencia que le resta al encuentro comunitario. Conviene no desperdiciar este posible germen de articulación colectiva. Sin ella será muy difícil resolver las dificultades —entre otras la gestión de la crisis ecológica— con equidad.

Hacer acopio de saberes que acercan a la sostenibilidad

En toda la historia los pueblos han desarrollado una gran cantidad de conocimientos útiles para la vida, validados con la experiencia repetida de los años. Son en su mayoría saberes funcionales, adaptados al territorio en el que se vive y que a menudo responden a una lógica holística.

Nuestra cultura despreció estos saberes por no científicos y dio la autoridad a los expertos, aunque en ocasiones se apropió previamente de ellos (como muestra la industria farmacéutica al apropiarse de los conocimientos de los pueblos indígenas). El pedagogo pasó a decidir cómo se educa, el médico cómo se cura, el arquitecto cómo se construye y el trabajador social cómo se ayuda.

Hacernos cargo de nuevo de los procesos de la vida y encaminarnos hacia algún grado de autosuficiencia local hace necesario recuperar aquellos saberes y modos de hacer que poseían los no titulados. Son a menudo conocimientos que las mujeres desarrollaron y transmitieron. No todos nos sirven: no nos valen modos jerárquicos de familia, reparto desigual del trabajo doméstico... Pero en la memoria de nuestros mayores y en otras culturas existen claves útiles a la sostenibilidad. La escuela puede colaborar en mantener vivos estos conocimientos que quizá sean necesarios en un mundo que habrá de vivir de forma más sobria.

16. El movimiento de la educación libertaria arranca de las propuestas de pedagogos anarquistas. Francisco Ferrer y Guardia es uno de sus representantes más próximos.

Estas prácticas nos acercan a la sostenibilidad siempre que cumplan el requisito de, a medio plazo, reducir el consumo de materiales y energía. Pensar si es necesario, reducir el consumo, cuidar, conservar, reutilizar y arreglar en este orden, y si no hay más remedio, reciclar. De este modo podrán ayudar a desarrollar una cultura de la suficiencia, ajustada a un mundo de recursos limitados.

Una vez más, es necesario citar al movimiento de Educación Popular desarrollado en contextos rurales. Una de sus apuestas centrales es la puesta en valor de las culturas autóctonas. Ejemplo de esta revalorización, aunque también de educación en el territorio, de poder comunitario o de denuncia del modelo de desarrollo, es la propuesta de las escuelas zapatistas.

Desenmascarar y denunciar el actual modelo de desarrollo

Aunque existen experiencias como la recién citada, la mayor parte de la población del planeta participa de la cultura del desarrollo y vive de espaldas a los límites, confiando en el espejismo del crecimiento constante, y en una tecnociencia que será capaz de resolver cualquier problema. No hay sostenibilidad posible dentro de este modelo de organización social y económica. Por eso es ineludible comprender sus mecánicas y hacerlas frente. Es posible en educación hacer crítica a este modelo de desarrollo.

Es imprescindible comprender y explicar ideas como la globalización económica, el metabolismo imposible de la gran ciudad, la huella ecológica, la deuda ecológica, la reducción del valor al precio, la cultura patriarcal, el capitalismo, el engaño de la publicidad, quiénes mandan en el mundo, los intereses de las transnacionales, la falta de equidad en el reparto de los recursos... Nos referimos a la lectura crítica de la realidad de la que hablaba Paulo Freire y que propone como previa a la lectura de la palabra escrita. Una lectura que él experimentó con personas adultas pero puede hacerse comprensible a diferentes edades.

Denunciar, transgredir, tomar protagonismo, organizar una campaña, denunciar las transnacionales y las patentes de semillas, reclamar un espacio, hacer boicot a ciertos productos, entender como malo el despilfarro, ocupar las calles, pacificar el tráfico, hacer pancartas, desobedecer y argumentar la desobediencia, denunciar a

la televisión, usar medios de comunicación alternativa, crear medios de comunicación propios, son prácticas que se pueden aprender en la experiencia cotidiana y preparan para luchar contra un sistema injusto y ecológicamente inviable.

Hay quienes piensan que los niños y niñas deben vivir apartados de estos problemas y que es muy duro plantearles ciertas realidades. Aceptando que su forma de comprensión de ciertos conocimientos no puede ser igual que la de las personas adultas, entendemos que no se les puede mantener en la ignorancia. Se trata de su mundo, del presente y del futuro. No podemos negarles este conocimiento, siempre dejando claro que somos los mayores —y algunos mayores más que otros— los responsables del desastre.

Los movimientos sociales alternativos, las pedagogías libertarias, el movimiento altermundista y todo el campo de la educación ambiental crítica pueden servir de inspiración en esta tarea de denuncia. Desde la comprensión profunda de un sistema contrario a la equidad, la escuela puede convertirse en una bolsa de resistencia y denuncia de un sistema que pone difícil la vida futura y proporcionar así una esperanza de cambio.

Experimentar alternativas

La marcha atrás en la historia es imposible, así que está por inventar cómo podrá ser ese mundo sostenible que nos toca construir en el futuro y pensarlo en todos los aspectos de la vida. Aunque tenemos algunas intuiciones: «vivir mejor con menos» podría ser una de sus máximas. «Pisar ligeramente sobre la tierra», la esencia de su modo de vida. La equidad, el equilibrio ecológico y la *buena* vida, algunas de sus condiciones.

Urge parar el crecimiento económico reduciendo nuestros consumos exagerados de materiales y energía, pero no de otros bienes que se han mostrado centrales en el logro de la felicidad como pueden ser las relaciones, la conversación o la creatividad. La imagen de una vida sencilla no tiene por qué ser una imagen apagada y triste, más bien al contrario, puede ser luminosa, tranquila y desde luego, en compañía. Para dibujar el futuro habrá que repensar cómo sería una «vida buena» que pueda ser generalizada a toda la humanidad. Algunas propuestas educativas como la de Summerhill o las escuelas

Waldorf trabajan explícitamente en pro de la felicidad y la citan como uno de sus objetivos esenciales.

Cabe poner en marcha en la escuela, a partir de la escuela o fuera de la escuela, pequeñas alternativas locales que ya se están experimentando en diferentes lugares: participar en cooperativas de consumo que aproximan a productores y consumidores para resolver la alimentación diaria, bajar la velocidad como recomienda el movimiento de ciudades lentas, facilitar el acceso al centro en bicicleta, usar la energía del Sol para todo lo que podamos, apoyar y promover leyes contra el despilfarro, montar un huerto y a ser posible comer algo de él, comprender el efecto del consumo masivo de carne y del sistema agroalimentario, vivir con menos electricidad, organizar mercadillos o sistemas de trueque que favorezcan la ayuda mutua y la reutilización, hacer proyectos de micropolítica para transformar el espacio próximo... La lista puede extenderse hasta donde alcance nuestra fuerza y nuestra imaginación. El incipiente movimiento por el decrecimiento está comenzando a desarrollar propuestas para vivir de modo más austero, más armónico con el medio, que puede servirnos de inspiración.

Después de este largo recorrido de propuestas, muchas de ellas enlazadas entre sí, pendientes de experimentación y contraste, queda al fin un interrogante esencial: ¿se pueden construir fragmentos de sostenibilidad? ¿Es posible una educación sostenible en un planeta insostenible? ¿Podría la educación remover un mundo asentado estructuralmente en la insostenibilidad? No tenemos certezas. Solo una: tenemos la responsabilidad de intentarlo, cambiar el rumbo suicida de la historia y reinventar un mundo social y ecológicamente sostenible.